

# EL NAHUAL ERRANTE



Aztlán

Número 5  
El Nahual Errante

# EL NAHUAL ERRANTE

EL ARTE DE LA TRANSFORMACIÓN Y EL MIEDO



**Merlin-VI**  
Artista-Dibujante-Illustrador

 @merlin.vi.scp

 @merlin.vi.scp

 **DEVIANART** Merlin-VI

(Colaborador con la portada de la 5ta entrega  
de El Nahual Errante)

Título: El Nahual Errante #5 - Aztlán

Fecha de publicación: 04/12/21

Diseño: Belem Medina

Consejo Editorial: Carolina Daza, Leonora Montejano, Miguel Díaz

Portada: Merlin-VI

Playlist: Arely Fuentes

Contacto: elnahualerrante@gmail.com

Página: <https://elnahualerrante.com>

El copyright de las imágenes pertenece a sus respectivos autores y/o productoras/distribuidoras.



# CONTENIDO

CARTA EDITORIAL	
AZTLÁN	4
AMOXTLI	
LA EDUCACIÓN DEL PUEBLO MEXICA	6
TLATLAPANA	
LA OTRA CONQUISTA	8
ICNOCUICATL (CANTO TRISTE)	
QUE GRITEN TODOS: ¡YA LLEGAMOS DE LA TIERRA DE AZTLÁN!	10
PREHISPANIA MUSICAL EN UN MUNDO POSTMODERNO	12
EL NAHUAL Y YŪREI ナワアルと幽霊	
¡QUETZALCÓATL LLEGÓ A JAPÓN!	14
ANECDOTARIO	
EFEMÉRIDE	16
SASANILI O EL ARTE DE NARRAR	
CAMINO HACIA LA NOCHE TRISTE	19
COMO UNA GATA SALVAJE	22
CORAZÓN DEL CIELO	26
ÚLTIMA RONDA	30
LOS NAHUALES	

# AZTLÁN

¿Por qué hablar del mundo prehispánico en una revista enfocada en el género de lo fantástico y el terror? Los textos que componen este número han demostrado que el mundo prehispánico es un tema de interés que sigue asombrándonos por su misticismo y magia entorno a los dioses y mitos que los acompañan. Este número en especial fue enriquecedor para todos los que participamos en El Nahual Errante ya que tuvimos que desempolvar viejos libros y replantear la duda existencial del mexicano: ¿qué significa ser parte de un país conquistado? Es así, el caso de la nueva sección “Anecdotario” donde Carolina Daza nos invita a reflexionar entre sus ideas.

Por otra parte, los dioses del cementerio azteca se hicieron presentes como parte de la inspiración para la creación artística, estando presente en el cine, la música y la cultura pop. De esta manera, daremos una vista hacia películas de culto y las tendencias musicales que están empapadas en este tema, además de irnos hacia otros continentes donde también resuena el nombre de Quetzalcóatl.

Esperamos que este número sea de su agrado y con ello, permitirnos reflexionar sobre la historia que pesa sobre nosotros siendo mexicanos.



Kreko Producción

# Publica tu Libro

Fácil, rápido y seguro

Contacto:

**5561127824**

@krekoproduccion

@krekoproduccion



✓ Taller personalizado

✓ Acompañamiento

✓ Corrección de estilo

✓ Ilustración portada

✓ Ilustración interiores

✓ Diseño gráfico

✓ Diseño editorial

✓ Ejemplares en físico

✓ Ejemplar en digital

✓ Publicación

✓ Distribución

**literatura** que crece.

## MEDIO LIMÓN



• HECHO CON AMOR • HECHO ESPECIALMENTE PARA TI • HECHO PARA SORPRENDER •



Regala FELICIDAD  
EN CADA  
"detalle"



© MEDIO-LIMON-MX

# LA EDUCACIÓN MEX

THANIA GUEVARA SÁNCHEZ

**L**eer a Fernando Díaz Infante en La educación de los Aztecas, cómo se formó el carácter del pueblo mexica es un grato regalo del cual todos deberíamos participar. El autor describe de manera detallada no tan sólo el contenido sobre las técnicas educativas con las cuales los niños eran formados, sino que también en sus palabras podemos apreciar la profunda admiración y respeto que él sentía y que, tras la lectura de este texto, hemos de compartir.

Expresa de una manera bella y clara el valor de la educación en la antigüedad, y sus palabras resuenan con fuerza actualmente: in ixtli, in yollotl “alcanzar el rostro y el corazón”. La transmisión del conocimiento es; por lo tanto, no sólo el adquirir información sino que la enseñanza conforma la personalidad. Si no se tienen los fundamentos se carece de rostro, pero si no fuésemos capaces de tener “un corazón en movimiento” sería imposible lograr o hacer algo.

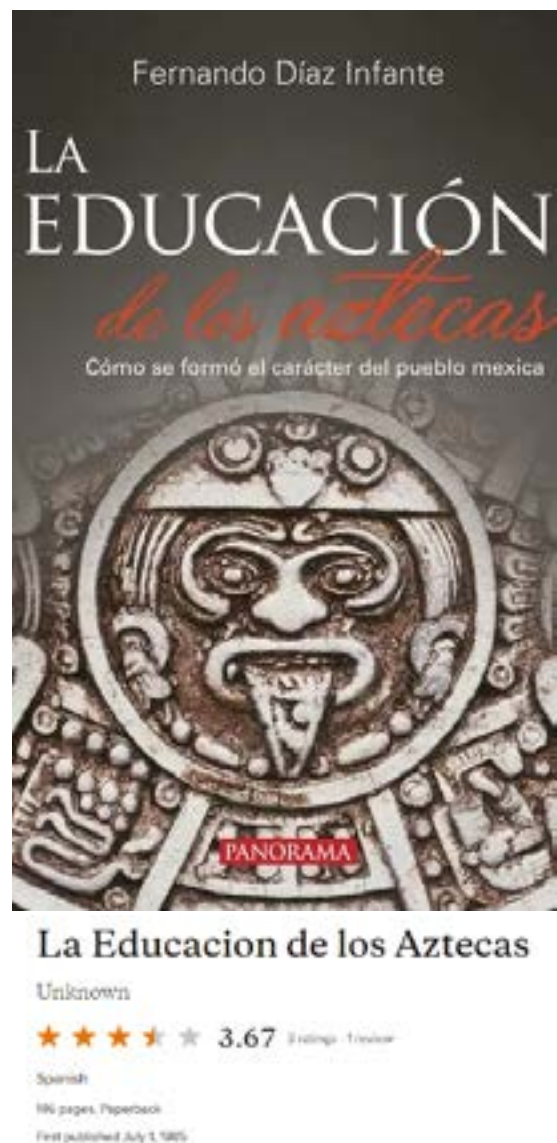
El autor nos habla de los cimientos filosóficos de los aztecas que radicaban en la doctrina humanista de Quetzalcóatl que los instó a sobrepasar su individualidad, permitir que el hombre se transforme

en luz o en sol. Y al explicar el culto a Texcatlipoca, dios sembrador de la discordia, dispensador de riqueza y fama, y a Huitzilopochtli, dios guerrero y de sacrificios, vemos en el grandioso pueblo mexica una dualidad que forma a un individuo místico-guerrero, por eso en la Tlacahuapahualiztli podemos apreciar una riqueza invaluable, ya que esta tabla de valores y leyes permitirá “el arte de educar a los hombres”.

Los mexicas hacían énfasis en los valores éticos y morales de la comunidad ya que estos eran tan importantes como el aprender un oficio o un arte. Por un lado tenían al Tepochcalli y por otro, al Calmecac, que con sus diferencias, eran los pilares del pueblo azteca. Y antes que estas dos instancias los mexicas tenían una pedagogía basada en el afecto, porque es gracias a éste que las relaciones con las figuras de autoridad, llámense padres o maestros, eran a través de un lazo de confianza y no de miedo. El afecto es un poderoso motor, se puede entender cuando habla de los artesanos quienes eran inculcados a crear “con el corazón endiosado” porque así hasta lo más pequeño resulta ser hermoso y perfecto. El poner de sí mismo es la mejor forma de honrar a nuestros guías,

# N DEL PUEBLO ICA

a nuestra comunidad y a nosotros mismos. Por esta razón el voltear la mirada a nuestros ancestros nos permite adquirir una amplia perspectiva y es preferible hacerlo de la mano de Díaz, quien además, en este libro, nos halaga con unas bellas ilustraciones.





# LA OTRA CONQUISTA

JORGE LUIS LOZOYA

**P**elícula de Salvador Carrasco estrenada en 1998, narra la conquista española en México desde la perspectiva azteca, y muestra la lucha de Topiltzin, hijo de Moctezuma, por preservar la identidad religiosa y cultural de su pueblo ante la llegada de los españoles.

El punto de vista desde el que decide contar Carrasco la historia en la película es la visión del protagonista cuyo conflicto se debe al cambio de pensamiento y costumbres provocadas por la imposición española, volviéndola una historia intimista y profunda proponiendo una perspectiva en la cual dos culturas tienen un choque religioso dentro de un hombre que debe decidir sobre sus raíces, sus creencias, con todas aquellas ideas que comenzaron a absorber del conquistador, y que ahora se imponen dentro del mundo que ahora vive.

El encuentro, como se sabe, tuvo un

resultado terrible para el conquistado: su casi desaparición física, debido al aniquilamiento de más del 70 por ciento de la población y la eliminación de la mayoría de sus tradiciones y creencias religiosas.

La cinta cuenta la historia del joven que hace seis años lloraba la muerte de su madre en el palacio, Topiltzin (Damián Delgado), hijo ilegítimo del emperador Moctezuma. Su odisea comienza cuando es sorprendido ofreciendo un códice pintado por él mismo a Tonaltzin, la diosa madre de los aztecas, códice en donde representaba el sufrimiento de los suyos.

Llevado ante la presencia de Cortés (Iñaki Aierra), es condenado por su “sacrilegio”, por lo que es torturado y encarcelado, con la intención de hacerlo aceptar la nueva fe. Posteriormente es acogido por un fraile que se adjudica a sí mismo la misión de “salvar” el alma del

joven príncipe, pero es tanta y tan firme la fe que el religioso español observa en su protegido, que él mismo comienza a dudar de la propia.

Son muchos los aciertos de la cinta, pero quizá sobresale más el esfuerzo de Carrasco por representar un enfrentamiento, con tan sólo dos personajes (Topiltzin y fray Diego), de manera metafórica: un combate interior que sufrieron de cerca ambas culturas.

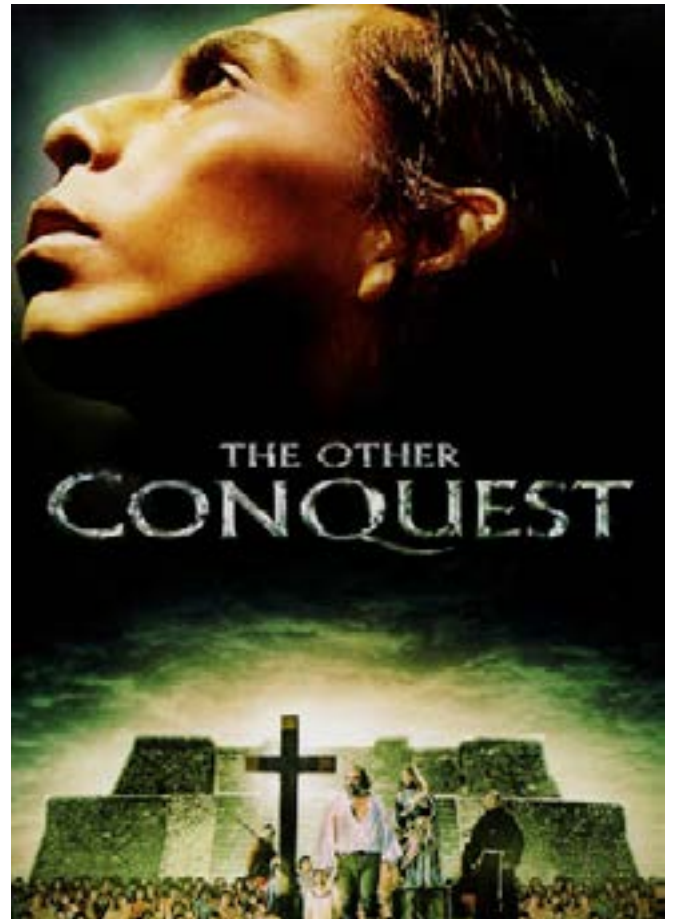
Tal vez el objetivo de Carrasco es muy ambicioso, pues pone nuevamente sobre la mesa el tema indígena y su eterno esfuerzo por mantener sus tradiciones y creencias. Su obra cumple con proponer una perspectiva alterna de la visión del indígena que, a causa del éxito de *Apocalypto*, ha circulado en el ambiente cinematográfico, y eso es ya de por sí un motivo para ir a buscarla a las salas de cine.

La película sugiere que la necesidad humana de fe es tan abrumadora, que el hombre puede encontrar iconos sustitutos en otra religión. Tonantzin (Diosa Madre Azteca) y La Virgen María, son lo mismo cuando se ven desde los ojos de los fieles.

La dirección de Carrasco es irregular: mientras que existen algunos momentos surrealistas y hermosos que logran capturar una esencia, también carece de escenas a gran escala para hacer que esta película sea verdaderamente épica. Los deseos del director son más aparentes de lo que él logra transmitir. Al dejar un final ambiguo, deja la conquista espiritual sin explicación.

Finalmente, aunque Carrasco genera un ambiente donde ambas culturas defienden sus puntos de vista, y la batalla de la otredad con criterios de vida completamente diferentes y una cinemato-

grafía muy atinada donde cada cuadro está bien justificado en favor de la historia, el diseño de producción (dirección de arte) resalta por su pobreza aparentando ser una película barata pero que vale la pena mirar.





## QUE GRITEN TODOS: ¡YA LLEGAMOS DE LA TIERRA DE AZTLÁN!<sup>1</sup>

FLORENCIA FRAPP

**M**octezuma es un disco lleno de metáforas y, sobre todo, repleto de historia, que te hace sentir y pensar. Musicalmente es un buen disco, con cambios de ritmo inesperados y sonidos prehispánicos que le dan más impacto a las canciones. Lo realmente sobresaliente del tercer disco de Porter son las letras que tratan sobre las culturas azteca, mexica y maya.

Los primeros *tracks* abarcan desde que los aztecas abandonaron Aztlán hasta la conquista, aunque no llevan un orden cronológico, ya que la primera canción, “Murciélago”, narra la violenta llegada de los españoles a tierra mexica y, por supuesto, de la evangelización. Le sigue “M Bosque” en la que hablan sobre la partida de Quetzalcóatl que, de acuerdo con la mi-

tología azteca, sintió que traicionó a su pueblo al caer en la trampa que le tendió su hermano Tezcatlipoca, aunque su gente no lo veía así, puesto que por años esperaron su regreso, como lo plasma Porter con la frase «y sigues siendo el ruido enmohecido». Casi al final de este tema se oye un organillo distorsionado que con el paso del tiempo se vuelve más claro e intenta cubrir el ruido del arcabuz español masacrando a los mexicas. Después, en “La china”, narran la búsqueda que realizaron los aztecas del sitio en donde fundaron la Gran Tenochtitlán más de dos siglos después.

Siguiendo con la temática mexica, en “Huitzil”, Velasco canta «*Huitzil azul, dame más fuerza*» haciendo referencia a Huitzilopochtli, el colibrí izquierdo que representa la fuerza de voluntad que necesita para derrotar al guerrero



<sup>1</sup> Porter. (2014). *La china*. En *Moctezuma* [CD]. México.: LOV/RECS

más difícil de vencer: su yo interno, o al menos, domarlo.

Las siguientes canciones se enfocan más en la cultura maya. En “Rincón yucateco” retoman el tema de la evangelización, pero también hablan sobre los sacrificios humanos, del valor que le daban los españoles a lo material y de cómo se lo inculcaron a los nativos.

Una marcada percusión introduce a “Huracancún” en un suave *dream pop* imprevisto que se enlaza perfectamente con la siguiente canción: “Tsunami”. En este penúltimo *track* describen algunas leyendas mayas. Incorporan también a Coatlicue, diosa mexicana de la fertilidad, tanto en la letra como en la música, ya

que hay sonidos de la naturaleza que transportan directo al centro de la selva.

Por último, está “Palapa” que podría hacer referencia tanto a lo que hay después de la muerte como a la partida de Quetzalcóatl (de nuevo).

*Moctezuma* es una pequeña muestra de lo mucho que ha crecido Porter como banda porque en este álbum se nota una mejor producción; hay pequeños detalles de paneo y reverberación que crean un sonido envolvente que te transporta al lugar del que hablan las canciones.



Moctezuma - Porter (2014)

- 01. Murciélago
- 02. M Bosque
- 03. Huitzil
- 04. La china
- 05. El rincón yucateco
- 06. Huracancún
- 07. Tsunami
- 08. Palapa
- 09. Kiosko



# PREHISPANIA MUSIC POSTMO

DIEGO VIVE

**H**ace cincuenta, quizás treinta años, hubiera sido más sencillo poder elaborar una defensa conceptual de lo prehispánico. De hecho, en el “rock en tu idioma”, se volvió un elemento distintivo, la inclusión de referencias a “lo mesoamericano” en bandas como **Café Tacvba**, **Chac Mool**, **Santa Sabina** o los mismos **Caifanes** (en especial con su épica “Aquí no es así”), También, proyectos experimentales como **Xibalbá Jazz** o **Cabezas de Cera** por mencionar unas cuantas. En ese sentido, es fácil entender tal fascinación por ese pasado “exótico”. Lo confieso: yo mismo he llegado a

imaginar una “prehispania” musical inmaculada por el tiempo y la Conquista donde la vida humana se acompaña con las armonías de la naturaleza y donde los sonidos de las flautas, los tambores y las cuerdas se mezclan junto con las caracolas, los cascabeles y las piedras.

Sin embargo, mucho me temo, y con pesar, que esa “música pura y anterior al concepto de música” no existe más en estas latitudes americanas (si es que alguna vez existió). Y es que en este pleno siglo XXI tan globalizado y postmoderno, son escasas las regiones en las que aún no se han borrado las distancias entre el hoy y el ayer, y en las que no ha



# CAL EN UN MUNDO MODERNO

penetrado con fuerza el Internet de las cosas, la telefonía móvil, y el capitalismo voraz. Eso no significa que esté llamando a abrazar, como lo hemos hecho tanto tiempo, toda la música que viene de afuera y rendirnos ante el laberinto de nuestra falta de identidad. Por el contrario. De lo que se trata es precisamente de aceptar que eso llamado identidad musical no es más que un constructo de fuerzas, influencias, y referencias pasadas, presentes y futuras que nos constituyen desde varios adentros y varios afueras; de que lo relevante, hoy en día, ya no es hablar ni de géneros, ni de lo que hay “pre” o “post” en la música. Sólo hay mezclas y ya.

Muchas de las propuestas de las comunidades de la sierra, la selva y la montaña lo han entendido, al grado que combinan su lenguaje y sus instrumentos con las estructuras del rock más pesado. Grupos como **Vayijel** (de rock tzotzil), **Xipe Totec** (death metal en náhuatl), **Mikistli** (metal en náhuatl), Cemican (Folk Metal Azteca) o **Ampersan** complejizan ese concepto de lo “prehispánico”, y más bien, afirman que el futuro, que es hoy, de un mestizaje, y de un sincretismo que opera, caóticamente, hacia todos lados.



# ¡QUETZALCÓATL LLEGÓ A JAPÓN!

ESCORIA MEDINA

¿Qué pensarían si les dijera que, para el país del sol naciente, la figura de la serpiente emplumada no es tan ajena como se piensa? El semi-Dios de la cultura Tolteca ha sido retomado en el anime como una entidad de admiración y poder, la cual, sus enemigos le temen por el imperioso poder que posee, pero con unos cuantos detalles agregados por parte del imaginario japonés.

Hablemos de dos animes en concreto donde Quetzalcóatl es parte de la trama y elemento importante del desarrollo de la historia. Primero tenemos *Kobayashi-san Chi no Maid Dragon*, anime de temática *Yuri* donde los personajes principales son Kobayashi-san y Tohru, una dragona que tiene la capacidad de transformarse en humana y vivir a lado de su querida Kobayashi. El mundo de donde proviene Tohru es del universo de los dragones, así que Quetzalcóatl es parte de él y es representado por una hermosa mujer rubia, voluptuosa, de tez blanca y con heterocromía. Visualmente, el personaje juega con los colores con los que se relaciona a Quetzalcóatl. Este dragón pertenece a la facción espectadora, por lo que no se involucra en peleas, pero

en ciertas partes del anime deja ver que puede ser mucho más fuerte que Tohru. Louca (manera sencilla de llamar a Quetzalcóatl en el anime) retoma la leyenda de cómo perdió su divinidad, por lo que no puede embriagarse ya que, gracias a eso, fue expulsada de su tierra por “un asunto escandaloso con su hermana”. Recordemos que Quetzalcóatl partió rumbo al Este después de ser engañado por Tezcatlipoca, Huitzilopochtli y Xipe Tótec. Embriagado de pulque tuvo relaciones sexuales con su hermana por lo cual decidió alejarse con la promesa de regresar algún día.

En el personaje de Louca nunca regresa a su tierra por lo que ya no posee el título de Dios, pero se ve a sí misma como fundadora de la civilización. Es así que esta dragona vive de manera despreocupada como familiar mágico de un pequeño niño aprendiz de mago intentando convivir con los humanos, pero ya no como una deidad. *Kobayashi-san Chi no Maid Dragon* es un anime divertido, donde la serpiente emplumada está más ligada a fetiches sexuales sin dejar de lado la sabiduría que posee por haber sido parte de la historia humana.

El segundo anime es *Fate/Grand Order: Absolute Demonic Front: Babylonia*, el cual es un poco difícil de contextualizar ya que, desde sus inicios como videojuego y novela gráfica ha desarrollado un mundo de héroes en guerra por el Santo Grial. En esta franquicia podremos ver peleas de héroes míticos, importantes para la historia humana, quienes se enfrentan entre sí con ayuda de “*Masters*”, magos humanos con la capacidad de invocar a estos héroes.

La franquicia en donde nos colocamos para hablar de Quetzalcóatl es la de *Fate Grand Order*, un juego para móvil donde se narra que el futuro de la humanidad está en manos de los personajes principales: Ritsuka Fujimaru y Marsh. Ambos se embarcan en viajes con saltos en el tiempo para restablecer la historia de la humanidad que fue alterada o destruida, por lo que eventos históricos importantes no sucedieron u ocurrieron de manera errónea, lo cual, llevó al colapso de la civilización. De este videojuego se desprende el anime y el séptimo viaje de los personajes principales donde llegan a la ciudad sumeria de Uruk, que es dirigida por Gilgamesh (héroe de la mitología mesopotámica). En este contexto y tomando en cuenta *El poema de Gilgamesh*, el anime incluye varios personajes principales de esta obra literaria pero además incluye guiños hacia la mitología prehispánica. Sí, suena un poco complicado de entender tantas historias revueltas, pero eso es justo lo que hace interesante este anime, ya que literatura e historia están reunidas para crear una trama dramática. En este contexto, Ritsuka Fujimaru y Marsh deben recuperar el Santo Grial, pero tres diosas han aparecido alterando la continuidad de la historia. Estas diosas son Ereshkigal, Gorgona y Quetzalcóatl

invocadas por la madre suprema Tiamat para destruir la cuna de la civilización. Cuando Fujimaru y Marsh deciden ir en busca de la segunda diosa descubren que es Quetzalcóatl con quien deben enfrentarse, por lo que no tienen ninguna oportunidad de vencer aun teniendo de su lado al héroe Gilgamesh. El personaje de la serpiente emplumada se vuelve a representar, en este anime, como una mujer rubia de tez blanca y poder de una deidad primigenia. Al principio, Quetzalcóatl es descrita como una diosa hambrienta de sacrificios y de sangre, dispuesta a pelear y erradicar a la humanidad, pero conforme se desarrolla la trama, se muestra compasiva y dispuesta a proteger a los humanos, ya que en realidad los ama y no desea sus sacrificios. A mi parecer, Quetzalcóatl es uno de los personajes más entrañables de la serie ya que incluso sacrifica su divinidad en contra de Tiamat para proteger al pueblo de Uruk. En este anime podemos ver referencias como la piedra del sol, la pirámide de Kukulkán y una especie de guerrero jaguar que le da el toque de humor a la historia.

En lo personal, ambas representaciones de Quetzalcóatl me parecen divertidas sin intención de faltar al respeto a las leyendas de Mesoamérica agregando elementos cómicos como es el caso de *Kobayashi-san Chi no Maid Dragon* o poder y grandeza en el caso de *Fate/Grand Order: Absolute Demonic Front: Babylonic*. Definitivamente, dos animes que recomiendo para sentirnos orgullosos de nuestras raíces y dar una mirada de cómo es vista la mitología prehispánica en los ojos del otro.

*El 13 de agosto de 1521, heroicamente defendido por Cuauhtémoc,  
cayó Tlatelolco en poder de Hernán Cortés.  
No fue triunfo ni derrota,  
fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo,  
que es el México de hoy.*

**Jaime Torres Bodet**

Recuerdo que el primer contacto que tuve hacia las culturas prehispánicas fue un libro llamado *El despertar del jaguar*, contenía aproximadamente 200 páginas, lo que me pareció muy extenso pero lo tomé de cualquier manera (para esos años era lo más extenso que había leído). A la edad de nueve, lo poco que conocía de las culturas prehispánicas había sido de mis clases de historia y los libros de la SEP, así que tenía un bagaje bastante “mocho” en ese tema. En fin, este librito se trataba de una compilación de tradiciones, cuentos y leyendas indígenas, por lo que luego de leerlo me sentí como toda una institución en el tema, jamás pasó por mi mente cuestionarme lo que había aprendido; para mí, así era como los prehispánicos vivían.

Hace poco, por casualidad, tuve la oportunidad de conseguir esa misma edición de relatos en la tienda online de FCE, y me dio mucha risa volverlo a encontrar, no por los relatos en sí, sino porque fue esa lectura la que me llevó a interesarme sobre los mexicas y la literatura alrededor de ella. *Tlacacl* de Velasco, “Chac Mool” de Carlos Fuentes, “Tenga para que se entretenga” de Pacheco y “La noche boca arriba” de Cortázar, formaron parte de mi enseñanza, todos textos muy interesantes con un corte prehispánico, pero completamente erróneos según la historia.

Lo que es más chistoso de todo, es que mi ignorancia se vio interrumpida a una edad bastante tardía (a los dieciocho); antes de esto, la mitología prehispánica era sinónimo de folclore, bajo cualquier contexto. Por lo que, en mi primer día de universidad, en una materia conocida como “literatura prehispánica” (que no era prehispánica, sino novohispana y posterior), el profesor nos dijo: “todo lo que creen saber de las culturas prehispánicas, es falso. Ni lo que viene en los libros, ni los mitos, ni lo que dijo Cortés en sus cartas, ni la identidad nacionalista del siglo XIX es real. Por allí, un historiador llamado Miguel León-Portilla intentó entender el pensamiento “filosófico” mexicana, tampoco lo tomaría tan en serio”. ¡Auch! En ese tiempo, mis ilusiones de brillar con respecto a la cultura mexicana, se rompieron y tuve que estudiar todos estos falsos textos para finalmente comprender que lo más que podía hacer, era leerlos entre líneas e intentar crear algo con ellos. Ya sea crónica, estudios críticos o escritura creativa, tal como hizo Carmen Leñero con su libro de *Monstruos Mexicanos*, una obra que explora la manera en que muchas deidades prehispánicas que fueron adoradas, pasaron a ser monstruos temidos por la población.

Luego de quinientos años de conquista,



no dejo de notar que dentro del círculo de editores, autores y correctores, del que formo parte, se sigue refiriendo al imaginando prehispánico como mitología, más que como ideología, mientras que la conquista es una grosería que hace alusión a la destrucción deliberada de un pueblo maravilloso y pacífico que no invadía otros poblados ni acostumbraba sacrificios humanos con prisioneros de otras comunidades. Soy consciente que querer hablar de mitología mexicana es adentrarse en un lodazal y proclamar entenderla es llenarse la boca de mierda. Comprenderla hoy en día no es posible<sup>1</sup>; primero, por la brecha generacional; segundo, por el inculcado pensamiento occidental de la civilización que tenían los renacentistas y que ahora es el razonamiento que como “mexicanos” (sea lo que signifique esto) tenemos. Lo único que podemos hacer como filólogos es intentar reinterpretar los mitos, quizá crear algo genuino con ellos, como Pacheco, Fuentes o Leñero, o también podemos rogarle a Huichilopoztli sobrevivir al hedor humano del metro a las 6pm.

---

1 Si tomamos en cuenta que la historia, nunca fue ni será una ciencia exacta.

# ANTIERÓTICA

¿Te atreverías a dejarte seducir por la imaginación?

¿Dejarte llevar por los deseos y la fantasía de lo prohibido?

Déjate llevar hasta el fin,  
hasta el clímax,  
hasta la emoción  
a través de estas palabras.

Una colección de cuentos eróticos de  
**Leonora Zea**

**De venta en:**

**Amazon  
Mercado Libre**

**o al:**

**5561127824**



# CAMINO HACIA LA NOCHE TRISTE

LORD CRAWEN

— Dile que explique, ¿cómo es que puede hablar con sus dioses y estos le responden? ¡Traduce ya, joder!

Diego de Ordás, fuera de sus cabales por no poder contener la rabia de lo que estaba buscando, solicitó una reunión con su entonces prisionero Moctezuma, al cual, no le sacaba mucha historia respecto a su búsqueda. Jerónimo de Aguilar instaba a Moctezuma a que expresara lo que Ordás insistía en obtener. Sumamente desesperado, Ordás se fue al cuello de Moctezuma, abriendo y cerrando sus fauces como la bestia que era.

Cortés llegó detrás, lo apartó del cuerpo de Moctezuma y exigió respuestas.

— ¿Podéis deciros que ocurre aquí? ¡Ordás! ¿Te has vuelto loco? ¿Observáis siquiera lo que hacéis aquí? Generarás una revolución sin nombre con el resto de los mexicas.

— Navegante rastrero, tú has venido por conocimiento y tierras, yo he venido por conocimiento y grandes tesoros que tu mente jamás podrá entender.

— No conseguirás nada de eso si mañana amaneces muerto. Tendré que generar un nuevo plan, esto ya no puede retroceder. ¡Ordás, entrega de nuevo a Moctezuma!

Ordás le dio la espalda y salió de sus aposentos. Se internó nuevamente en la ciudad de Tenochtitlán en busca de lo que los magos y astrólogos del viejo mundo tanto buscaban: el meztli amoxtli.

Dicho libro, decían, contenía los relatos de los inicios del hombre mismo, la creación de las tierras, así como las leyendas de gigantes en el mundo, listos y postrados en este para erigirse nuevamente. Quien pudiese leer dicho libro, tendría control de los gigantes.

Tallado con la piedra del meteorito y con un extraño papel que sólo podía leerse a la luz de la luna llena, le seguía siendo imposible de localizar.

Por ello el plan de Ordás estaba en secuestrar al huey tlatoani Moctezuma; sin embargo, el pueblo todavía no se daba por enterado de dicho movimiento por parte de los españoles. Y Cortés no ayudaba mucho a la búsqueda de la verdad.

Mientras paseaba por Tenochtitlán, una mujer tomó la mano de Ordás y le internó a través del bosque sin decir una sola palabra. Recorrieron el camino, aunque Ordás sólo podía ver el blanquecino vestido de aquella mujer y no su rostro. Lle-

garon a lo alto de un monte. La mujer se detuvo y pidió a Ordás, asomara la vista hacia el fondo. Temeroso por algún extraño movimiento, el español miró sobre el hombro de aquella mujer hacia el fondo, donde preparaban una gran fiesta. Ahí, tres hombres distintos al resto, colocados en tres puntos diferentes del lugar de reunión, bajo togas color púrpura sin mostrar su rostro, alzaban sus manos. En el centro, un pequeño podio; no construido de madera, sino de metal puro, cosa que ningún poblador siquiera conocía; sin embargo, ellos danzaban sin reconocer a los tres participantes del rito. El ser en el pináculo de la triada se acercó al atrio de metal y de la nada, se aperturó el libro que tanto buscaba Ordás.

Asustado, Ordás decidió abandonar el sitio al descender la colina; pero aquella mujer le tendió el brazo, sosteniéndolo fuertemente. Ordás volteó la mirada y ante él, el rostro inconfundible y esquelético de la muerte le fue revelado. Aquel ser nocturno lentamente, puso sus esqueléticas manos sobre la cabeza de Ordás, haciéndolo entrar en un terrible trance.

Pasaron días y Ordás se levantó de su lugar de descanso, sucio y hambriento. Se asomó sobre la colina para observar el valle y lo único que vio fue destrucción entera en toda la plaza. El atrio y los hombres de las ropas púrpuras no estaban. Entró en pánico y corrió a donde Cortés, quien ya increpaba a Moctezuma calmar a la población.

— ¡Hernán! ¡Hernán detente!

Cortés desenvainó la espada mientras Ordás corría a su encuentro. Amenazándolo, siguió con la espada al frente.

— ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Encontraste lo que buscabais? ¿O será que todos estos hombres ya sabían sobre lo ocurrido? Mis hombres te vieron partir con una mujer hacia el monte y no habéis vuelto en días. ¡Cuéntame tu historia!

— El libro estaba ahí, en la plaza, donde los hombres...

— Donde los hombres estaban organizados bajo el valle. Coincidencia que supieras de la reunión en la plaza sin mencionarla. ¡Habla Ordás! ¿De qué lado estás?

— Ya te dije que no tienes idea sobre lo que ese libro contiene, los misterios de este mundo, los dioses de ellos. La mujer que me llevó a la colina no era un ser de este mundo, era la misma muerte, quien me mostró la caída de tu imperio en esta noche. Vámonos de este lugar, repliéguense, lo único que va a hacer es que tú termines derrotado. Encontrarás un enorme árbol que simboliza la muerte y ahí encontrarás tu destino, navegante.

— Que linda historia, Ordás, como un cuento para infantes. ¿Os habéis dicho todo ya? Porque tengo trabajo que hacer. Tuviste la brillante idea de secuestrar al huey tlatoani. Y ahora me venís a decir que lo que he perpetrado está mal y perderemos la batalla. Te recuerdo que tú insististe en venir a este “nuevo mundo” en busca de tus brujerías, yo solo he venido, como decís, como un viejo navegante en busca de tierras. Pero tú has venido de la mano del diablo. Así que desaparece de mi vista antes que te entregue a los mexicas y te arranquen el corazón.

Ordás, antes de salir del palacio, observó el rostro de Moctezuma, quien calmado,

decía algunas palabras en su lengua. Tal vez, pedía a sus dioses salvación. Mientras más miraba a Moctezuma, se asomaba más el rostro de la muerte, del dios Mictlantecuhli.

Expulsado del palacio, Ordás buscó apoyo de hombres fieles a él para seguir buscando el libro. Les dio la orden de no salir esa noche al enfrentamiento. Les dijo que habría neblina y total oscuridad, si deseaban salvarse, lo siguieran.

Así ocurrió aquella noche. Mientras los mexicas destruían por completo el ataque español y a los hombres de Cortés, Ordás volvió a la plaza en busca de respuestas con algunos hombres. Y ahí, delante de él, aparecía nuevamente, en su radiante vestido, la mujer que era la muerte. Los hombres dejaron en soledad a Ordás. Hablando en su idioma, el ser fantasmagórico le dijo:

«Fue escrito y está hecho».

Con ambos oídos y palabras huecas, Ordás impugnó a aquel ser conocer tan bien su lengua. Se arrodilló ante ella, pidiéndole le mostrase el mundo que tanto necesitaba ver.

«Ocultos están en el viejo ahuehuete. Acude a verle».

Ordás subió la colina rápidamente. La batalla había terminado. Pudo ver a los mexicas asestando los últimos golpes al ejército español. No paró de observar aquello cuando el filo de una espada atravesó su abdomen. Envuelto en llanto, el navegante Hernán Cortés, era quien le había enterrado el arma. Ambos abrieron los ojos en señal de asombro y terror. Cortés retiró el arma y acudió en ayuda de su connacional.

— En el árbol... cava... gigantes... cava...

Cortés, extraviado, destruido y sin una batalla por ganar, comenzó a cavar una tumba cerca del enorme y tétrico árbol, donde enterraría al navegante más extraño de su tripulación. Tardó bastante en hacer el agujero enorme para el descanso final de Ordás. Le ardían las manos, los ojos y el alma. Estaba cansado y no podía entender la forma en la que todo aquello ocurrió, justo como Ordás había predicho.

En el fondo, mientras Cortés finalizaba su tarea, pudo sentir una roca endurecida y puntiaguda. Cavó lentamente y descubrió un enorme códice, empastado en roca. Abrió aquel libro y no encontró más que páginas en blanco. Enterró a Ordás y se llevó el libro. Al volver hacia sus barcos, lo tiró en algún lugar, perdiéndose ambos entre la niebla y la derrota de aquella noche triste.

# COMO UNA GATA SALVAJE

ANDREI LECONA RODRÍGUEZ

---

**L**a oscuridad comenzaba a caer sobre la selva, pero el calor seguía siendo tan sofocante como a mediodía. A través de la densa vegetación, un grupo de hombres avanzaba con gran esfuerzo. Iban formados en línea, tal como les había enseñado un comandante gringo cuando apenas eran reclutas en la escuelita del terror, nombre no oficial del campo de entrenamiento del cártel. Sabían que estaban ya muy cerca de su objetivo, así que se detuvieron para descansar un rato. Hasta ese momento, habían mantenido un silencio estricto para evitar fatigas innecesarias. Pero ahora tenían la oportunidad perfecta para aclarar algunas dudas sobre el trabajo que los ocupaba.

—Oiga, profe.

—¿Qué quieres, Charlie?— respondió el profe, anticipando el aluvión de preguntas.

—Ya díganos por qué hay que eliminar a la vieja esa, ¿no?

Hubo una aprobación general a la insolente pregunta del joven.

—Y también díganos quién se la quiere quebrar, pos ¿qué hizo o a quién se la debe?— dijo Pancho, recargado en un árbol al borde del desmayo por el esfuerzo de abrir senda en la selva durante hora y media con su machete.

Charlie no pudo evitar la oportunidad de molestar a su compañero.

—Es más cansado tirar malezas que cortar cabezas, ¿qué no, güey?— dijo el Charlie riéndose. La habilidad de Pancho con el machete era legendaria dentro y fuera del cártel. Tanto así que los *contras* capturados siempre se orinaban al enterarse que habían caído en manos de los chicos del profe.

—¡Cállate, chamaco cabrón!— respondió el Pancho clavando su machete en la tierra—. Que en una de esas te ando descabezando a ti.

—Ya cállense los dos, chingao— dijo el Aleluyo—. A lo mejor a ustedes les vale madres virigüar quién nos contrató, pero yo sí quiero saber, porque esto está muy raro. La mera verdad. ¿Quién paga tanto por quebrarse a una vieja?

—A ti sí te rueda la piedra, mi Aleluyo— dijo Charlie—. Aquí hay gato encerrado.

Todos fijaron su mirada nuevamente en el duro rostro de el Profe. Tras un momento de silencio expectante, el líder del grupo habló.

—A ver, cabrones. Aquí todos somos profesionales, así que no se me alebresten. Les cuento. Pero les advierto que ya no se no se pueden echar pa'tras.

Eso casi nunca sucedía. Los demás supieron en ese momento que el profe los había metido en algo más serio de lo que pensaban.

—Pues resulta que a esta vieja la han tratado de sacar de la selva durante años, pero, hasta el momento, nadie ha podido con ella.

Hubo un murmullo de desconcierto general.

—Leí que, hace muchos años, unos antropólogos, ustedes no pregunten, ni van a entender qué es un antropólogo, el punto es que vinieron a intentar comprarle una colección de objetos muy viejos, de antes de la conquista. Dicen que los tiene ocultos en una cueva que nomás ella sabe dónde está. Códices y figuras de sus dioses de antes. De esos dioses a los que les hacían sacrificios humanos.

El Aleluyo se santiguó tres veces al escuchar la mención de los sacrificios humanos. El Pancho no se aguantó las ganas.

—Quién te viera tan matón y tan persignado, pinshi Aleluyo. No estabas tan espantado en nuestro bautizo, cuando nos hicieron comer la carne del recluta que la cagó al armar su fusil.

El Aleluyo ya se esperaba el comentario. Ni siquiera se volteó para contestar.

—Yo ya pedí perdón por eso, Panchito. Y acuérdate que ustedes también le entraron.

—Te juro que no necesitas recordármelo, güey. ¿Y por todo lo demás? ¿Ya pediste perdón por eso también?

—¡Ah, que la chingada! ¡Dejen hablar al profe!—. dijo el Apache, el rastreador del grupo.

Visiblemente molesto por la interrupción, el profe continuó su relato.

—Pues la vieja no quiso vender nada. Y tampoco quería dejar que nadie viera sus reliquias. Pero uno de los antropólogos la estuvo chinga y jode hasta que la convenció de llevarlo a la cueva. Solo lo dejó pasar a él. Nadie sabe lo que vió allí abajo, pero el tipo salió bien leco. Se metió un plomazo poco después.

Súbitamente, se hizo el silencio entre los sicarios.

—Unos años después— continuó el profe —, el gobierno quiso adueñarse de sus terrenos pa' construir un tren que iba a atravesar la selva. Otra vez los mandó al carajo. Pero en esa ocasión el alcalde municipal mandó unos matones de segunda pa' que le pusieran un susto.

El Pancho sacó de su pantalón una cajetilla de cigarros, encendió uno y le dio otro al Aleluyo. Era de lo poco que estaba permitido consumir durante un trabajo. Matar, descuartizar y desaparecer a alguien son tareas que requieren de una cabeza fría.

—A esos güeyes se les fue la mano, en lugar de ponerle un susto a la vieja, levantaron a su hija. Intentaron violarla, pero se defendió como gata salvaje. Dicen que

le arrancó la oreja a un güey de una mordida. Al final, no pudieron con ella y mejor la mataron.

La oscuridad de la selva se hacía más profunda con cada minuto transcurrido y cubría lentamente a los cinco hombres como una mortaja negra.

—No eran profesionales esos tipos —siguió el profe—, ni siquiera se molestaron en ocultar el cuerpo. El caso fue un desmadre en los medios. Tanto, que las autoridades tuvieron que atender a la madre. Creyeron que iban a tener que ofrecerle una compensación millonaria o que, pior tantito, la vieja se convertiría en otra figura incómoda pa'l gobernador. Otra loca más, gritando consignas en las calles, molestando a los turistas gringos que vienen a comprar niñas a México. Pero no fue así. Lo único que la vieja pidió fueron los papeles de sus tierras, pa'que ya nadie se las pudiera quitar. El gobernador le entregó los papeles en un acto público y le prometió que jamás volvería a ser molestada.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí?— preguntó el Apache, mientras escrutaba la oscuridad con desconfianza.

—Hace unos meses, una refresquera gringa mandó a su gente a buscar agua en la zona. Resulta que el depósito de agua más grande del estado está justo debajo de sus tierras. Nos enviaron porque...

El Charlie interrumpió.

—Porque el gobierno no puede ni armar bien un asesinato. Y, aunque pudieran, ya no pueden tocar a la vieja sin echarse a medio mundo encima. Por eso llamaron a los profesionales.

—Pa'que te instruyas, escuincle —dijo el Profe—. Eso se llama *economía neoliberal*. Nosotros, aunque no le guste a la gente, también somos empresarios. Y lo que el gobierno no puede hacer, mejor que lo hagan las empresas.

—Sí, güey, mejor que dejen trabajar a “Pepe y Toño” —respondió el Charlie.

—¡Mejor a Joaquín y Rubén!— remató el Pancho.

No pudieron contener una carcajada, pero el Apache los hizo callar al instante.

—¡Silencio! Oigo algo allá adelante.

Todos se callaron. El Apache tomó la posición delantera y los demás lo siguieron sigilosamente. Al principio, no pudieron oír nada bajo el ensordecedor canto de las cigarras. Pero, poco después, lo escucharon con claridad: una voz de mujer recitando palabras en un lenguaje desconocido para ellos. Avanzaron hasta llegar a un claro limitado por una pared vertical de piedra en la que se abría una enorme grieta a manera de entrada.

—¡Es la cueva! —dijo el profe. — ¡Nos sacamos la lotería, cabrones! Nos vamos a llevar hasta las reliquias.

—¿Para qué jodidos queremos esas cosas?— preguntó Pancho.

—¿Cómo que pa'qué, bruto? A los patrones les encanta adornar sus mansiones

con esas madres. Valen una millonada en el mercado negro.

Frente a la entrada, había una anciana mujer arrodillada en el piso. Sus contornos eran apenas perceptibles a la luz de una antorcha clavada en la tierra negra. Estaba inclinada sobre un códice de apariencia antiquísima. La anciana tenía la mano extendida sobre el papel amate. Pesadas gotas de sangre caían sobre glifos rojos de aspecto temible. En un abrir y cerrar de ojos, los sicarios rodearon a la mujer por todos los flancos. El Aleluyo observaba la escena con los ojos desencajados, mientras el Pancho se preparaba para asestar el primer golpe de su infame machete. La muerte estaba en el aire, pero los sicarios pararon en seco al escuchar hablar a la anciana.

—¿Como gata salvaje?

—¿Qué? —preguntó atónito el Profe.

Por primera vez, la mujer levantó la cara para observar a sus pretendidos verdugos. Los sicarios pudieron ver un rostro arrugado cubierto de extraños símbolos pintados con ceniza. Los miraba a todos con unos pequeños ojos negros en los que brillaba un odio terrible.

—Dijiste que mi hija se defendió de esos hombres como gata salvaje —. Respondió la anciana.

—¿Cómo lo supiste?— respondió desafiante el Profe.

—¡Es una pinche bruja!— gritó el Aleluyo, pálido de terror.

De pronto, la selva se estremeció con un rugido que provenía del interior de la tierra. Una sombra negra salió arrastrándose de la grieta en la pared rocosa y, rápidamente, engulló a la anciana. El Pancho se lanzó al ataque con su machete. Hubo un golpe, un grito y luego un sonido espantoso de alguien que se ahogaba. Antes de que los demás pudieran reaccionar, vieron a la anciana encima del sicario que, inútilmente, trataba de evitar que la vida se le escapara por la garganta destrozada. Los otros apuntaron con sus armas a la mujer. En ese momento, se dieron cuenta de que sus ojos ya no eran ni pequeños ni negros, sino grandes y amarillos.

—Como gata salvaje—. Repitió una voz que no podía provenir de un ser humano. Era una voz resonante, terrible, grave. Una voz que les llegaba desde tiempos remotos en los que la gente adoraba a dioses de piedra que exigían sangre todos los días. Después, hubo una ráfaga de disparos seguida de gritos. Gritos de hombres crueles a los que les rajaban las carnes con garras de obsidiana. Alaridos de asesinos que intentaban huir con las entrañas colgando. Aullidos de violadores que se orinaban del miedo. Y tras de sí, un olor metálico que saturó el caluroso aire de la selva. Los encontraron unos días después. Algunos pedazos, al menos. El examen médico de los restos humanos concluyó que habían sido depredados por un enorme felino.

# CORAZÓN DEL CIELO

ESCORIA MEDINA

**N**o mantuve oculto durante años. El paso del tiempo le ha quitado el brillo, el deseo. A veces, en las noches de insomnio lo escucho vibrar, llamándome. Ese sonido inaudible para otros pero que mis oídos identifican de inmediato. Su canto me duerme y en sueños volvemos a ser uno, otorgándome el terrible conocimiento. En su brillo vi más allá de las estrellas y las constelaciones, y ahí, entre espacios que el hombre nunca podrá nombrar, existe él, dormido, aguardando el momento de destruirlo todo.

Los objetos que llegué a poseer fueron aquellos que la gente adoró con fervor. Estaban cargados de la fe y el dolor de sus creyentes. Mi primer objeto fue la estatuilla de yeso de San Charbel, el santito de mi madre, el que también fue de mi abuela. Al que nunca le faltó una veladora o violetas frescas para adornar el altarcito al que mi madre acudía siempre que algo la superaba. El santito al que le rezó un chingo y nunca respondió una sola de sus plegarias. Jamás olvidaré su rostro de fe perdida cuando vio los supuestos restos de su santo regados por el suelo. Lo quebré en pedacitos, para que la vieja no pudiera volver a pegarlos. Lloró desconsolada y un cuadro del santo remplazó la estatuilla días después, pero no el amor. Nunca recuperó el ímpetu con el que le adoraba. Así comenzó mi colección, con el santo de mi madre, oculto, donde sólo yo podía apreciarle y donde nadie más pudo adorarle de nuevo.

Viajé por lugares recónditos buscando historias locales que me llevaran a la posesión de mi siguiente objeto de devoción. El goce de ver devotos en la desesperación por ver la fuente de su fe arruinada, fue el único placer que necesité durante años. Entre mi colección había sin fin de estatuillas del sur de América, algunas talladas en huesos humanos, que se usaban como protección. Otras, que fueron adoradas por comunidades en la Amazonia, cuyo poder era destructivo y el adorarle era su manera de mantener a raya la ira de criaturas sedientas de vida. Además, imágenes de santos, llamados así por la gente, por algún milagrito adjudicado y ahora venerado por narcos. Muchos habrían matado por recuperar la fuente de su fe.

Lo encontré en un altar adorado por una pequeña comunidad maya al sur de México. Los locales de la comunidad aún poseían los nombres originales de sus ancestros y, aunque la religión que llegó del viejo continente también los convirtió en cristianos, nunca dejaron de adorar a sus dioses que convivieron entre las pinturas y muros de la única capilla existente en la comunidad. Vivieron a la par de la civilización moderna desinteresados de compartir sus costumbres. Durante mi estancia, aprendí de su cultura, de sus prácticas, pues sin esa información poco valor tiene poseer lo que adoran.

“Hun-racan es un Dios creador de vida, ancestral, que regresó a las estrellas. No-

sotros adoramos el corazón de “Hun-racan”, que lo dejó a nuestros ancestros y ellos a nosotros. Está vivo, late, así sabemos cuándo debemos cantar para Él...”. Eso fue lo que me dijo el anciano la primera vez que me habló sobre su Dios. Cantaban para Él y así apaciguaban su ira. Según las creencias de la comunidad, la temporada de lluvia era consecuencia de Hun-racan y su poder era más que visible para ellos, pues veían cómo la furia de los huracanes arrasaba con todo y por eso cantaban para él, para mantenerlo dormido.

La noche que vi por primera vez el corazón fue la noche que Wilma tocó tierra. El pueblo se adentró en la selva: alejado de los turistas, rodeado por profundos manglares se encontraba el viejo ceremonial. La lluvia no los detenía y en procesión entonaban con la tormenta. Los protectores del corazón cantaban para Él con la misma devoción con la que mi madre rezaba. Esa noche, estoy seguro que escuché al mar rugir, incluso cuando la playa se encontraba a varios kilómetros de nosotros. Las palmeras se mecían con violencia, las nubes ocultaron por completo los astros en el cielo. La noche y la lluvia nos rodeó amenazante, la violencia del viento impedía ver con claridad, pero eso no impidió que los hombres y mujeres danzaran y cantaran alrededor del hombre más anciano del pueblo. El viejo sostenía la piedra con ambas manos y la proyectó a la oscuridad del cielo. Entonces vi una luz naciendo desde el centro del corazón, como un fuego a punto de extinguirse. La pequeña luz cedió a las tinieblas y la roca perdió el brillo. El anciano dejó escapar un alarido de dolor y todos callaron. El baile y los cantos cesaron. Los rostros en general se habían rendido al abandono. El anciano mantenía la roca hacia el cielo y yo disfrutaba de la desesperación ante el caos de la tormenta. Una imagen exquisita que atesoré por años en mi memoria. Esa noche, el pueblo entero quedó de rodillas ante la piedra opaca mientras yo veía extasiado de placer.

Busqué refugio ante el huracán inminente y los dejé ahogarse en los restos de su fe. Días después regresé al ceremonial. De las piedras de adoración ya nada quedaba, era una zona de desastre. Apestaba a humedad y a muerte. Los cocodrilos de la zona habían celebrado un festín con los cuerpos hinchados de agua. Pensé que la piedra se había perdido para siempre, pero entre uno de los manglares estaba el cuerpo del anciano, flotando, mórbido, con la piel ennegreciéndose, cayéndose a pedazos. Sus ojos cubiertos de sangre estancada nunca dejaron de mirar la noche y murió abrazado de sus creencias. Entre sus dedos en descomposición aprisionaba el corazón. Lo tomé, destazando los miembros ya flojos de la carne y el hueso. Entre mis manos sentí el peso. Me perdí en los colores azules de la obsidiana: claros en los bordes y al centro oscuridad. Un vacío total incapaz de reflejar, ¿cómo había podido nacer una luz de aquella piedra? Perplejo por el raro objeto me quedé mirando la oscuridad del corazón. Un ligero palpar entre mis manos me regresó de golpe, casi provocando que soltara la piedra. Lo resguardé y salí de esas tierras dejando atrás el pueblo arrasado por el amor de su Dios. Después de eso, el corazón permaneció en oscuridad, mudo e inmóvil siendo un objeto más de mi colección que me recordaba el goce de aquella noche.

La primera vez que escuché al corazón latir fue el día que mi madre murió. Recuerdo la llamada de la casa de descanso y la voz del otro lado de la bocina: “Le doy mis más sinceras condolencias. Lamento mucho su pérdida. Era una persona

muy querida por todos aquí y la recordaremos con cariño... “. La voz de la mujer al teléfono, se hizo monótona y sin sentido. Escuchaba en silencio mientras las náuseas me invadían. “Los gastos funerarios se cargarán a la misma tarjeta donde...”. La vieja por fin había muerto. Recuerdo cómo el corazón me latía de adrenalina, así como mi cabeza palpitaba llena de sangre. “Nos haremos cargo de todo...” y de pronto el zumbido. “¿Contaremos con su presencia el día...?”, cada vez más fuerte, más ensordecedor. “¿Señor, sigue en la línea?”. Colgué y miré el corazón. El zumbido venía de la piedra. El sonido tomó forma, era repetitivo, con pausas de pronto, como un palpar débil y moribundo. Conforme me acerqué, el ruido aceleraba al ritmo de mi corazón. Al intentar sacarlo del exhibidor, mi tacto notó que la rigidez de la piedra ahora era blanda, carnosa. En mis manos tenía un corazón de venas negras y carne violeta, azulada. “Canta para mí”, escuché desde las esquinas del cuarto, del corazón, de mi mente: estaba en todos lados. “Canta para mí”. Arrojé el corazón al piso y salí del cuarto, cerrando con llave. Esa noche permanecí en vela, esperando el amanecer para darme el valor de regresar a la habitación. En la mañana, ya en calma, la cordura había regresado asegurándome que mi mente me había jugado una broma. La muerte de la vieja lo había detonado, no tenía duda de eso. Pensé en romper el santo de mi madre, deshacerme de una buena vez de todo lo que me ataba a su estúpido recuerdo. Entré y me percaté de una oscuridad densa que no dejaba entrar los ligeros rayos de sol. Fue entonces cuando se dejó ver por primera vez. En uno de los rincones estaba Él en forma etérea, desde el suelo al techo. Sus ojos amarillos me esperaban. Quise salir corriendo, pero en un acto enclenque de valor, prendí la luz y la figura se desvaneció con la oscuridad. Miré el corazón en el suelo, de nuevo como la piedra opaca en la que se había convertido desde el día que la arrebaté de aquellas tierras.

Las noches que siguieron fueron iguales. Las tormentas incrementaban la presencia de aquel ser. “Canta para mí” era su sentencia. Las pocas veces que logré conciliar el sueño me mostró tormentas arrasando comunidades, terremotos derrumbando edificios e incendios calcinando bosques enteros. Sueños que se fueron haciendo realidad. Nunca tuve miedo de la oscuridad o el fuerte tronar de los rayos que retumbaban con su impacto, pero su fuerza estaba en la lluvia, en cada inundación. Opté por no volver al mar ni vivir cerca de presas, pero todo lo cubría de agua, con violencia, esperando mi ciega devoción en él. Claro que intenté deshacerme del corazón, pero el sólo pensarlo, la tierra se estremecía con furia o las peores tormentas dejaban devastados todos los lugares donde me refugié de Él.


No podía seguir huyendo, así que regresé vencido al lugar donde resguardé mis objetos más preciados, ahora sin valor alguno. La noche que regresé vi al anciano ahogado en el huracán. De la oscuridad se arrastró hacia mí y con la carne en llagas frescas, cayéndose a pedazos de su cuerpo, se levantó. Traía la preciada piedra entre sus esqueléticos dedos. Al detenerse frente a mí, vi sus ojos hinchados de sangre mirándome. Un gruñido salió de su garganta que escupió agua estancada. El corazón reaccionó al bufido del anciano retomando ese color azul que tenía. Sonrió mostrando los dientes de donde caían gusanos. “Ahora es tuyo y debes cantar para él”. El anciano me extendió sus brazos para que tomara el corazón. “Debes rezar para él”. Retrocedí hasta que la pared me lo impidió. Estiré mis brazos intentando apartarlo. Cerré los ojos ante el tacto inminente. Sentí sus manos tomando las mías.

“Tómalo, es tuyo” y la voz, distinta a la del cadáver, me hizo levantar la mirada y abrir los ojos. Aquel ser ahora era mi madre, igual, desgastada, podrida, con su santo en las manos. “Debes rezar para él”. Aparté las manos esqueléticas de mi madre dejando caer el santo de sus manos. De nuevo vi como el santo chocó con el suelo haciéndose pedazos. Mi madre se hincaba sobre las piezas y lloró en un alarido ensordecido. Fue entonces cuando lo vi de nuevo, imponente: “canta para mí” decía la enorme bestia de una sola pierna que se alzaba hasta las nubes. Sus garras se veían entre los relámpagos que lo iluminaban.

Aquella pesadilla se repitió cada noche con la misma petición, la cual me negué a aceptar. Nunca pude cantar para Él. Días después, la ciudad de México era devastada por un terremoto coincidiendo con la fecha de un terremoto similar treinta y dos años atrás. Me negué a creer, a cantar para él y noche tras noche me mostró inclemencias que se hacían realidad. Nunca tuve el valor de cantar, por eso sigue atormentándome en sueños. La oscuridad ha borrado el hermoso azul celeste del corazón. Su canto me duerme y vuelve a llevarme al huracán, a la próxima tormenta. Veo su impaciencia, la violencia que guarda, pero no puedo detenerlo. Está vivo, late y sueño con Él. Soy preso de su poder, devoto de sus terribles verdades. Mi madre fue fiel por amor, yo por miedo. Me mantengo aislado, encerrado entre las deidades que quedan y guardan silencio hambrientas de fieles, esperando recuperar el fervor con el que les adoraron.

# ÚLTIMA RONDA

DANIEL GREENE

sta noche el guerrero se levanta por última vez. Su figura monstruosa no volverá a escapar de su vitrina, acechándome cual cazador. Hoy le daré la pelea que me exige desde hace mucho. Me incorporo de la cama, aún adormilado; la luz de la luna y los faroles del jardín iluminan mi habitación con un blanco frío.

Un tío de México me lo regaló después del campeonato: nueve rounds de golpes sin parar. Los que alcanzaban mi cabeza me hacían ver todo oscuro. Cuando gané, mi tío Eulalio compró (quién sabe dónde) una figura azteca, enorme e imponente. De algún modo, la escultura no estaba en el Museo de Antropología. Me la envió con una nota «Un guerrero para un guerrero», y le puse una vitrina con iluminación propia. En aquel entonces, mi Huitzi (porque así le llamaba), no se movía aún, contento en su firmeza de roca. Contento en nuestra tranquilidad.

Tres años más tarde, me retiré. Me coroné campeón y disfruté mis primeros meses libres, viajando y mimando a mi esposa Julia y a mi hijita, Anessa. Después de todos esos años de chinga, deirme de mojado, de podar jardines y entrenar como loco, mi trabajo rendía sus frutos.

No sé si hice algo para molestar a la escultura más allá de no pelear, pero empecé a sentir que me miraba fijo, aun con timidez, como un niño curioso tras las faldas de su madre. Con el tiempo, lo veía moviéndose por el rabillo del ojo y, cuando yo volteaba, él seguía en la misma posición. Una Navidad, cuando ya me había tomado suficientes mezcales, le dije a Julia que el Huitzi me miraba a veces. Todos se rieron y me callé. «Por supuesto que no, tonto, las estatuas no miran a la gente; solo parece que las miran, como esas pinturas donde Jesús te sigue con los ojos».

Al segundo aniversario de mi retiro, me hicieron un tributo en la tele, me iban a meter al Salón de la Fama. «El mejor boxeador del siglo veintiuno» me llamaron. Esa noche, el Huitzi se irguió. Estaba yo acostado cuando escuché que algo crujía y rozaba. Desde que era niño, mamá me explicó que las casas truenan por la noche. Esto era distinto, como especias reventando en un molcajete. Las luces del patio parpadearon, y pensé que quizá se había metido algún ladrón. Traté de levantarme tras el pendejo ese, pero mi cuerpo se volvió pesado, como una gran piedra. No podía mirar a otro sitio que no fuera mi techo. Solo podía escuchar. Sus primeros pasos recorrieron mi pasillo, se detuvieron en mi habitación. Quise mover a Julia, quise gritar. Mis ojos no se apartaban del techo, únicamente lo oía acecharme. Poco a poco, se acercó hacia mí, pude ver su rostro pintado y sus ojos llenos de furia: unas pupilas enormes, con un destello rojo anormal. No parpadeaba, solo lo sentía respirar fuerte contra mí, con sus exhalaciones de toro tan calientes como el aire de un volcán. Y yo no podía apartar la vista, no podía cerrar los ojos, no podía malde-

cir ni rezar a la virgen, solo seguir mirando. Aunque no abrió la boca, escuché sus palabras directo en mi interior.

«PELEA». me dijo. «PELEA HASTA LA MUERTE GLORIOSA. TRANSFÓRMATE EN COLIBRÍ Y VUELA CONMIGO REPARTIENDO SANGRE Y FURIA».

«QUIÉN TE CREES PARA DEJAR LA GUERRA CON TU VIDA INTACTA. SI TE PIENSAS DEMASIADO BUENO PARA PELEAR CON TUS HERMANOS MORTALES, PELEA CONMIGO Y APRENDE DE HUMILDAD»

Me paré de un tirón: él ya no estaba. Al sentirme, se despertó mi Julia, que miró alrededor antes de plantar los ojos en mí.

– Miguel, ¿qué pasó?

– Vino el Huitzi, quiere pelear conmigo.

Le expliqué que, sí, Huitzi se había levantado de su vitrina. Que sí, estaba seguro. Ella trató de convencerme que había sido una pesadilla, un terror nocturno como los que tenía Anessa hace unos años. He tenido pesadillas, tenía terrores nocturnos cuando era un escuincle. Nos mantuvimos despiertos toda la noche haciendo guardia. Revisé los corredores, los cuartos, la vitrina. Revisé hasta los patios. Julia me preparó un café bien fuerte y se sentó conmigo en el desayunador.

El Huitzi se irguió varias veces a partir de entonces, se me plantaba en la cara para burlarse de mí. Yo me quedaba inmóvil, como un tonto, escuchándolo hablar y hablar. Empecé a quedarme dormido durante el desayuno, con la comida en la boca. Julia me recomendó pastillas para dormir aunque yo solo fingía tomármelas. No soy de medicamentos, nunca lo he sido, y no voy a tomar de esas cosas por algo que no se arregla con un doctor. Después, Julia le dijo a mamá, me envió té de hierbas, me mandó a poner cruces de ocote en las esquinas de los cuartos y hasta envió a un sacerdote. «Es que no trajiste al Padre a bendecir el nuevo patio, mi'jo, no lo mandaste traer y ahora se te sube el muerto». Los ojos de Huitzi aún me seguían, ya no se escondía en la oscuridad. Cuando me quedaba dormido en la sala, lo sentía levantarse hacia mí. Eso a Julia ya no se lo conté, y Anessa era muy chiquita para enterarse. Tal vez ella también lo veía y el miedo la hacía guardar silencio. Tal vez ella era mi único testigo.

La falta de sueño empezó a desorientarme: Julia se iba de la casa, y varias veces le llamé, porque no recordaba dónde me había dicho que salía. A veces, llamaba por teléfono, y escuchaba su tono de celular dentro de la casa: había ido al baño o al garaje o a la habitación de junto. Y en el cuarto aniversario de mi retiro, me habló del doctor. El doctor Uichilobos era un experto en Alzheimer. Le habían contado ya de mi caso y quería ayudar. Julia tenía una lista enorme de exámenes que debían de hacerme antes de la consulta. Enfurecí. Le grité a Julia tan fuerte que Anessa se echó a llorar. La furia no era con mi esposa, era con el guerrero, que había hecho a mi familia creer que estaba loco. Le di un puñetazo a la vitrina y el vidrio cayó despedazado.

A la mañana siguiente, le pedí disculpas a mi esposa, pero ella no me dirigió la palabra. Tomó a Anessa y se fue a pasar unos días al rancho de mis suegros. Las

primeras horas, me quedé en la sala, viendo al Huitzi fijamente. Le grité. Le dije que se parara, le ordené que se fuera por el poder del Señor. No se movió ni un poco. Se limitaba a devolverme la mirada. Le hablé a un amigo que vivía en París, para que viniera a recoger la escultura, como una donación privada. El Huitzi se iría a pudrir a un museo del otro lado del mundo, lejos de nosotros. Se convino una fecha, me dijo que después me llamaba. Me despertó el celular, era Julia. Anessa había tenido un accidente. Andaba persiguiendo un colibrí y se resbaló al trepar una barda. Los de emergencias le dijeron que tenían que abrir su cráneo para aliviar la inflamación. La habían llevado por helicóptero al Texas Children's, y pronto iba a entrar al quirófano.

Me subí al auto y salí hecho un demonio, ni siquiera apagué las luces del patio. En el hospital, abracé a Julia, las discusiones se habían quedado atrás. Esperamos nueve horas, después, catorce días. Anessa había salido bien de su operación, y su corta edad fue de ayuda para reducir las secuelas. Volvimos a casa desde Houston (las luces seguían encendidas), felices porque Anessa había vuelto con vida. Pero todas, cada una de las noches que pasé en el hospital, soñé con la escultura. Recordaba su rostro y lo que yo había hecho. Cancelé el trato con París. Si esa cosa era capaz de hacerle daño a mi hija solo porque acordé donar al Huitzi, no quería imaginarme lo que haría si de verdad lo sacaba de mi casa.

Eso me dejaba con la duda de qué demonios hacer con él. Todas las noches, me ponía a rezar. Así he vivido esta última semana, confundido y encabronado, callándome la verdad sobre el accidente de Anessa. Colgué una cruz frente a su vitrina y, junto al Huitzi, una figura grande de San Judas. Las primeras noches funcionó, me levantaban solo los quejidos de mi hija o Julia, que se paraba a revisar que Anessa no tuviera convulsiones.

Esta noche, escucho sus pasos; no se dirige hacia acá, sino hacia el cuarto de mi hija. No me puedo mover, los rezos se me mueren en la boca. «Padre nuestro que estás en el cielo. Padre nuestro». Si quieren pelear, que peleen conmigo. De algún lugar saco las fuerzas, me arranco de la cama, salgo con paso firme hacia la habitación de mi hija. Allí, inclinada sobre la cama, una figura negra. Mi niña gime, la figura toca su frente. Me lanzo contra él. Le doy dos golpes rectos, la figura me responde arañándome la cara. Es verdad, ya no es box, aquí no hay reglas. Un grito me inunda de energía, y le golpeo la nariz una y otra, y otra vez. Lo golpeo tan fuerte que, si no lo mato, lo haré arrepentirse. Sus chillidos de bestia taladran mis oídos y, aunque si me da unos cuantos golpes, cae después de poco. Sigo golpeando. Un par de dientes vuelan hacia la alfombra, una cara deforme se esfuerza por respirar. No es él.

Cuando se me aclara la vista, no veo en su cara los ojos de Huitzilopochtli, si no una expresión asustada, de quien no sabe qué se le viene. Me incorporo, me palpitán los puños. La figura no se ve fuerte y musculosa, más bien pequeña y frágil. A lo lejos, un sonido baja por la calle, como de tambores. Ahí viene la pelea principal, desfilando con su música de guerra, hacia mi casa. El Guerrero mandó alguien a lastimar a mi hija, y ahora, por fin, viene a enfrentarme. Cruzo la habitación, el pasillo, el patio; las calles se iluminan con las luces de los vecinos y un montón de luces rojas, ondeando como flamas. Una fila de figuras negras como la que había

golpeado se detienen frente a mí y, entre ellas, una figura más grande, con los ojos reflejando las flamas con tal intensidad que parecían tener luz propia. Aprieto los puños.

- Grabando.

La muchacha suspiró. El periodista, fuera de cámara, asintió con la cabeza, sonriendo un poco para darle ánimos. Aunque solía estar más bien detrás de las escenas, la muchacha hablaría en cámara para decir la verdad. Como no quería ver al reportero, ella miró hacia el fondo de la sala, y fingió hablarle a la vitrina.

- Cuando tenía ocho años, tuve un accidente, desde entonces tengo convulsiones. Cuando recién había vuelto a casa después del hospital, tuve un ataque epiléptico a media noche. Mamá fue a verme, la recuerdo junto a mi cama. Papá había estado... raro, no sabíamos por qué. En esos últimos años, se había vuelto un hombre cada vez más irritable, con una paranoia sin motivo. Cada vez discutían más, por pequeñas cosas. No sé si habían peleado mientras yo estaba inconsciente, papá entró a la habitación y, sin decir nada, la golpeó. Mamá le pedía que se detuviera. No dejaba de gritar. Ver los golpes me asustó tanto que me quedé quieta, paralizada contra el colchón. Mamá ya no gritaba y solo se oía un borboteo. Supongo que algún vecino los escuchó, porque fue más o menos entonces que escuché las sirenas de la policía. Me dicen que papá salió, sin hacer caso a sus instrucciones. Siendo honesta, no los culpo. Nadie en la familia se dio cuenta que papá estaba mal, que tantos golpes le habían arruinado la cabeza. ETC, le dicen. Los síntomas empezaron aún antes de retirarse, y culminaron en lo que sucedió aquella noche. Mamá no está. Papá no está. Cuando se vendió la casa, al inicio quise deshacerme de todo. El dinero que recaudé de la venta se usó para empezar la Fundación Miguel para la Encefalopatía Traumática Crónica, pero me quedé con la escultura de Huitzilopochtli que tanto apreciaba papá.

LEONORA MONTEJANO: Bruja, hechicera, curandera de las palabras, las ideas y los sueños. Perseguida y buscada por hereje, por ir en contra de las reglas y las normas de la ciudad Mirtos, ciudad de frío y hierro.

ÁNGEL DÍAZ: Ermitaño, viajero del mundo. Estudioso de aquellos libros escondidos o rechazados. Cazador de palabras y de malas ideas. Verdugo de atrapasueños y coleccionista de historias por contar.



LINE DAZA: Vengo de un divorcio fiero con las letras, lo que me llevó a buscar refugio en la diosa lunar para cazar ratas y erratas. Titivillus, mi archienemigo, busca de todas maneras colarse entre mi astigmatismo.



FLORENCIA FRAPP: Todos en el mundo somos grasas, no hago distinción de sexo y raza.

ESCORIA MEDINA: Procedente de una mente descompuesta. Mediocre intelectual, andrógino, Dios fanteche de logros pueriles, de creaciones aberrantes e inestables. Todo un fraude.

